

cales y gremiales á la unidad nacional, y fijando fuera sus fronteras allí donde lo demandaban la homogeneidad de raza ó de territorio. Atenta sólo á su particular provecho, la oligarquía polaca mantuvo electiva la monarquía para tener avasallado al rey y, con el rey, al pueblo, sin importarle que la nación se petrificase en los moldes feudales. Pero aconteció lo de siempre. El estado llano no se resignó á una eterna servidumbre; en las mismas filas de la nobleza se levantaron voces de protesta contra un poder incompatible con el desenvolvimiento nacional, y como la mayoría de los oligarcas no cediese, surgió la lucha de clases, empeñada, tenaz, apasionada, en la que los odios y rencores se desataron al punto de sacrificar cada combatiente los intereses nacionales á los suyos particulares y de preferir al triunfo del adversario la intervención del extranjero. ¿Qué le correspondía á éste hacer? Intervenir, sin duda, pero no para lucrarse con la agena desgracia despojando al necesitado á pretexto de socorrerle, sino para ayudar á los pobres polacos á restablecer el orden y darse una constitución en armonía con los intereses y aspiraciones de todos. Mas ¿cómo esperar semejante acto de magnanimidad de las naciones territoriales, cuyos soberanos, huérfanos de toda noble idea, de todo sentimiento superior no abrigaban más alta mira que la egoísta de agrandar sus dominios á todo trance, teniendo por lícitos cuantos medios á ello condujeran, sin exceptuar el dolo y la mentira? No de otra suerte se condujeron ahora con Polonia sus vecinas Rusia, Austria y Prusia, las cuales, en vez de ayudarla á salvar su crisis, hicieron pedazos sus dominios y se los apropiaron en tres repartos sucesivos. En el primero de mil setecientos sesenta y dos, cada nación se anexionó las comarcas que confinaban con su territorio: Rusia la Ucrania Occidental, la Wolhinia y la Lithuania Oriental; Prusia, la Pomerania y las ciudades de Posnania y de Guesne; Austria, las vertientes septentrionales del Cárpatho. La población polaca descendió de quince mil á diez mil habitantes, pero todavía, con lo que le dejaron, era Polonia uno de los Estados más vastos de Europa, y menos homogéneos, debemos añadir, porque conservó su antigua diversidad etnográfica, comprendiendo cuatro razas y tres religiones, sin contar á los judíos. Las tres potencias partícipes dieron un manifiesto, presentando como fin de su acción el restablecimiento del orden en la nación mutilada y renunciando á todo reparto sobre el resto de su territorio. ¡Quién iba á fiar en semejantes promesas!

Convencidos los polacos, aunque tarde, de que la causa de sus males estaba en su viciosa constitución, la modificación sobre las bases de la monarquía hereditaria, una Dieta legislativa dividida en dos Cámaras, la abolición del libre veto, la tolerancia de cultos, la emancipación de la clase ciudadana y la libertad progresiva de los siervos. La Dieta debería reunirse cada dos años, y además siempre que las circunstancias lo requiriesen. El poder ejecutivo se confería al rey, que lo ejercería asistido de un Consejo compuesto del primado del reino, cinco ministros, dos secretarios de Estado y el mariscal de la Dieta.

Los ministros, nombrados por el rey, serían responsables; pero no podrían ser procesados sino por el voto de las dos terceras partes de los diputados. Al rey incumbía mandar el ejército, nombrar de por vida á los senadores, proveer á todos los cargos civiles y militares, firmar los reglamentos y tratados, salvo ratificación ulterior por la Dieta. De los campesinos se hacía un magnífico elogio: «De su mano laboriosa dimana la fuente más fecunda de la riqueza nacional; en ellos reside la principal fuerza de la República, y, por tanto, la justicia, la humanidad, así como nuestro propio interés bien entendido, nos ordenan recibir á esta clase de hombres preciosos bajo la protección inmediata de la ley y del gobierno». Desde entonces, el campesino polaco tuvo una patria, una ley y un rey. Esta Constitución empezó á elaborarse al tiempo que la francesa, en mil setecientos ochenta y nueve, y cuando la francesa se terminó, en mil setecientos noventa y uno. Sin embargo, los principios que informan á una y otra constitución son contrarios. Al paso que la francesa aspira á despojar á la monarquía de los poderes excesivos, la polaca se propone restituirla sus prerrogativas esenciales; y así, mientras la primera cierra la era del absolutismo y abre la de la democracia, la otra cierra el período de la anarquía feudal y abre el del absolutismo. Obra de una sabiduría y prudencia admirables; esta Constitución, que elogiaron Burke, en el Parlamento británico, y los más distinguidos publicistas, como Hertzberg, Volney y otros, causó profundo enojo á Catalina II, temerosa de que, mediante ella, Polonia se rehiciese y entrase en una fase de brillante desenvolvimiento. Por esto, á pesar de haber prometido aquella pérfida mujer que no perturbaría el nuevo orden de cosas, no cesó un punto, desde que la Constitución se publicó, de azuzar al partido afecto al antiguo régimen, el cual cometió en mil setecientos noventa y dos la imprudencia de lanzar en Targovitsa el manifiesto, redactado en San Petersburgo, de una nueva confederación y de implorar el socorro de la emperatriz. Ésta no se hizo de rogar: envió un ejército en apoyo de los descontentos, que triunfaron por la cobardía de Poniatowski, lo cual dió por resultado un nuevo reparto de territorio entre Rusia y Prusia, anexionándose ésta á Dantzig, Thorn y la gran Polonia, un territorio de dos mil leguas cuadradas, y la otra, toda la Lithuania más allá del Duna, unas tres mil leguas de extensión. Austria no entró en este reparto. La infeliz Polonia quedó reducida al país comprendido entre el Vístula y su confluente el Bug.

Al despojo se quiso añadir la ignominia, empeñados los embajadores de Rusia y Prusia, que lo eran Sievers y Buchholtz respectivamente, en que Polonia firmase su propia mutilación. Y seguramente la hubiesen firmado los confederados de Targovitsa, dueños del poder ahora, en lo concerniente á Rusia á la que estaban dispuestos á concederle cuanto pidiese; de ningún modo en lo tocante á Prusia, odiada por sus perfidias de todos los partidos polacos. Mas ¿cómo evitarlo, si era consecuencia de la venta que habían hecho de su patria al extranjero? Apelaron los muy inocentes «á la magnanimidad de Catalina

CAPITULO ALFONSO
 BARRAL
 1884

la Grande», y ésta les contestó el nueve de Abril, exponiéndoles su convenio con Prusia y Austria y que las tres potencias, para prevenir «las desgracias cuyo contagio revolucionario amenazaba sus Estados, no había hallado expediente más eficaz que encerrar á Polonia en límites más estrechos». Para poner fin á las protestas, se llevó la corte á Grodno. El rey presentó la dimisión, que no le fué aceptada, y como manifestase que no podía convocar la Dieta sin la asistencia de un consejo, se restableció el *Consejo permanente* y se publicó la convocatoria. Las elecciones fueron escandalosas. Los targovitsienses excluyeron á los que habían tomado parte en la Constitución del tres de Mayo, y los rusos saquearon las propiedades de los candidatos de oposición. El diez y nueve de Junio, Sievers y Buchholtz presentaron sus notas á la Dieta, exigiendo de ésta que nombrase una Delegación para firmar el tratado con cada uno de ellos. La Dieta se negó. El veinticuatro, Sievers repite su exigencia, y la Dieta le contesta que invocará la mediación de Austria. Entonces el embajador ruso apela á la violencia, haciendo arrestar á nueve diputados, uno de ellos en la misma antecámara del rey; mas la Dieta se niega á deliberar mientras no se devuelva la libertad á los presos, y todos los diputados juran por su honor salir inmediatamente de Grodno, si semejante atentado se repite. Comprendiendo que se le habían ido los pies, Sievers suelta á los diputados, pero participa á la Dieta que si persiste en su actitud, mandará ocupar todo el territorio polaco. Ni por esas. La Dieta siguió negándose á elegir la Delegación, y no la eligió; la nombraron el rey y Sievers. El fuerte se salió con la suya, como por desdicha acontece siempre, pero el débil mantuvo su dignidad. Mas estamos lejos aún del desenlace. Nombrada la Delegación, faltaba que la Dieta la autorizase, y la autorización de ésta se limitó á ofrecer á los rusos un tratado de alianza; vedándole prestar oídos á ninguna otra proposición, lo cual no podía satisfacer á Sievers, quien exigía que se firmase «sin la menor alteración» el proyecto de tratado enviado de San Petersburgo, por el que se abolía la Constitución del tres de Mayo y se aceptaba el reparto. Esto lo rechazó la Dieta por unanimidad, siendo ineficaces las notas conminatorias que le envió Sievers, el once y doce de Julio, y el discurso del rey Estanislao proponiendo que se recurriese una vez más «á la soberana cuya grandeza de alma corría parejas con su humanidad». Interpretó fielmente el sentimiento de la Dieta el monje Kimbar, en aquellas enérgicas frases que pronunció dirigiéndose al rey: «¿Por qué asustarse tanto, señor? ¿Se nos amenaza con la Siberia? ¡Vamos, pues, á la Siberia!... Allí, nuestra virtud y la vuestra harán palidecer á los que han fraguado nuestra pérdida.»—«¡Sí, sí, á la Siberia!», gritó casi toda la Asamblea. Ya no sabía Siévers á qué santo encomendarme para vencer la resistencia de aquella valiente Dieta, en cuyas resoluciones de poco ó nada le servían los muchos diputados que había comprado. Gracias que el rey y los más prestigiosos de aquellos apelaron á la falacia de que Catalina II, una vez que se viese con su tratado, no insistiría acerca del prusiano, y con esto se logró que, por setenta y tres votos

contra veinte, se autorizase á la Delegación á concluir el tratado con Rusia, que se firmó el veintidós de Julio del noventa y tres.

Quedaba la segunda parte, que era precisamente el caballo de batalla; el tratado con Prusia. En este punto, la Dieta llevó su resistencia hasta el heroísmo. En furiosas recriminaciones contra el rey de Prusia, se pasaba un día y otro día. Viendo los rusos que nada se adelantaba, echaron mano contra ella de todos los medios de intimidación, haciendo venir dos batallones de granaderos, apuntando contra el salón de sesiones cuatro piezas de artillería, y tomando asiento el generalísimo Rautenfels al lado del sillón del rey. Así durrieron otros veinte días, sin adelantarse un paso. El veintitrés de Agosto, Rautenfels manda á los granaderos llevarse presos á cuatro monjes, sin que por esto se altere la actitud de la Dieta, y el veinticuatro de Septiembre bloquea á los diputados y al rey, en términos de no poder salir nadie, ni de día ni de noche. Fué de ver á los representantes del país inmóviles como momias en sus asientos, hambrientos y silenciosos, en aquella larga *sesión muda*, que es como se la llamó. El veinticinco, á las tres de la mañana, el general ruso se levanta para dar á sus soldados la orden de invadir el salón, lo cual trata de evitar Anquiewicz leyendo el proyecto de tratado; pero general gritaría ahoga su voz. Entonces, Bielinski pregunta por tres veces si la Dieta consiente en que la Delegación firme el tratado con Prusia, y como nadie respondiese, declara que el que calla otorga y levanta la sesión. Eran las cuatro de la mañana. Los diputados salieron del salón, bañados los ojos en lágrimas. Ante de la confederación de Targovitsa, debieron haber llorado. Admirar en Grodno transformados en heroicos defensores de la patria á los que la habían vendido en Targovitsa. Si el crimen de lesa patria que habían cometido allá fuese expiable, méritos hicieron ahora para que se le perdonase. Mas ¡ahl que ni había perdón para el crimen, ni para sus consecuencias remedio. Polonia iba á sucumbir. Sirva este ejemplo de enseñanza á los muchos que todavía llevan á la gestión de los negocios públicos intransigencias del partido, preferencias ó rencores personales y egoismos disolventes.

A la brutal conducta de Rusia, contestó Polonia con la sublevación nacional. «En este desgraciado país, escribía Siebers á su hija, no queda sombra de honor, como no se oculte en las cabañas de los labriegos». Siebers había observado mal. En las grandes ciudades, como Wilna y Grodno en Lithuania, Varsovia y Gracovia en el reino, no habían olvidado sus habitantes la breve emancipación política del noventa y uno, y cuanto más dura era su opresión, con amargura tanto mayor lamentaban la libertad perdida; en el campo, al lado de los magnates á sueldo de Rusia, estaba la masa de la pequeña nobleza, que soportaba gimiendo el despotismo de los rusos y el profundo abatimiento del nombre polaco; en el ejército, al paso que los oficiales maldecían de la vergüenza nacional, los soldados morían de hambre y de fatiga, y todos preveían su próxima disolución, que equivalía á la miseria, ó su incorporación á las filas rusas y prusianas, lo que les mortificaba